

# JESUCRISTO Y EL DON DEL ESPÍRITU

FRANCISCO VARO

En el Credo confesamos nuestra fe en que Jesús es Señor y Cristo, porque es el Hijo único de Dios que se hizo hombre por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Se podría afirmar, por tanto, que la encarnación del Hijo de Dios es un don de Dios a los hombres, y como el Espíritu Santo, don increado, es la fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios, se sigue que nuestro Señor Jesucristo es un don del Espíritu, o aún más, el Don por excelencia del Espíritu Santo.

Ahora bien, esta afirmación de que «nuestro Señor Jesucristo es don del Espíritu Santo» no es una simple deducción teológica a partir de la verdad de fe confesada en el credo, sino que forma parte de los contenidos manifestados en la Revelación divina. Sin embargo, la manifestación de esta verdad ha sido paulatina: Dios ha ido preparando el camino poco a poco para que se pudiera entender lo que significa esa afirmación y por qué se hace. En estas páginas se procurará seguir las sucesivas etapas de ese proceso, pero antes es necesario perfilar brevemente lo que significa cada uno de los términos que intervienen en esa proposición, así como el sentido de la misma.

*Jesús*. Es un nombre propio, de uso relativamente frecuente en el pueblo de Israel y en particular durante la dominación romana de Palestina. En nuestro caso, se refiere a Jesús de Nazaret, que vivió en tiempos de Poncio Pilato<sup>1</sup>.

---

1. Acerca del acceso histórico a la figura de Jesús de Nazaret puede verse entre otros muchos J. GNILKA, *Jesús de Nazaret, mensaje e historia* (Barcelona, 1993). En él podrá encontrarse abundante bibliografía.

*Cristo*. Del griego *christós*, traduce al hebreo *mašía*j, y significa «ungido». Se refiere al Mesías de Israel, el hijo de David, aquel que habría de llevar a su consumación las promesas de Dios a su pueblo<sup>2</sup>.

*Señor*. En griego *kyrios*. Es un título con profundas resonancias tanto en el mundo pagano como en el judío. En la cultura helenística era el título que se daba a los dioses o a los hombres divinizados, como los emperadores. A la vez, en los círculos judeo-helenísticos tenía una particular relevancia, ya que es el término griego utilizado en la traducción de los Setenta cuando en el texto hebreo aparece el nombre propio de Dios: Yhwh<sup>3</sup>.

La formulación del sintagma *Señor Jesucristo*, presupone la afirmación de que Jesús, ese hombre de Nazaret que murió crucificado en tiempos de Poncio Pilato, es el Mesías que lleva a su consumación las promesas de Dios a Israel y a la vez merece que se le dé culto como al verdadero Dios, puesto que es el Señor, esto es, Yhwh.

*Don*. Es una dádiva o regalo, un obsequio que se ofrece al alguien sin que se le deba en justicia, normalmente como manifestación de benevolencia y afecto.

*Espíritu Santo*. En el lenguaje del credo, que se apoya en el vocabulario de la Sagrada Escritura, especialmente del Nuevo Testamento, designa a una persona divina de la misma naturaleza del Padre y del Hijo, y que procede de ambos.

Enunciar la frase «nuestro Señor Jesucristo es don del Espíritu Santo» apunta a dos realidades:

a) El hecho de que alguien pueda hablar del «Señor Jesucristo», asumiendo que el hombre Jesús es el Mesías y es Dios, es un «don» del Espíritu Santo: una dádiva divina. Ese hecho se encuentra en la culminación de un largo proceso, el de la manifestación paulatina de Dios que ha tenido

---

2. La bibliografía sobre Jesús como Mesías es muy abundante. Sólo mencionaremos algunas obras de interés: J. KLAUSNER, *The Messianic Idea in Israel* (London, 1956); L. CERFAUX, *L'Attente du Messie* (Bruges, 1958); AA. VV., *Il messianismo (Atti XVIII Settimana Biblica)* (Brescia, 1966); S. MOWINCKEL, *El que ha de venir. Mesianismo y mesías* (Madrid, 1975); O. CULLMANN, *Christology of the New Testament* (London, 1975); J. L. SICRE, *De David al Mesías* (Estella, 1995).

3. Pueden verse, entre otras, las siguientes obras: W. BOUSSET, *Kyrios Christos* (Nashville, 1970); L. W. HURTADO, *One God, One Lord. Early Christian Devotion and Ancient Jewish Monotheism* (Philadelphia, 1988). Ambas con abundante bibliografía.

lugar en la historia mediante la acción del Espíritu en los *kairoi* oportunos hasta llegar a su culminación en la plenitud de los tiempos. Es posible, hasta cierto punto, seguir el desarrollo histórico de ese proceso y de la acción del Espíritu en esos momentos decisivos. Y de eso nos ocuparemos en las páginas que siguen a continuación.

b) El hecho de que exista una realidad ontológica como la del Señor Jesucristo, esto es, una persona divina, el Hijo, que haya asumido plenamente una naturaleza humana, de modo que ese hombre-Dios llamado Jesús sea el Mesías esperado que cumple plenamente todas las promesas salvíficas de Dios a su pueblo, es un «don» divino. Es más, es el Don por excelencia del Espíritu, pues no cabe donación mayor de Dios que esa. Ya se apuntó esta idea en las primeras líneas, y se analizará su fundamento en la Revelación al final de estas páginas.

### 1. *La acción del Espíritu en el Mesías esperado*

En el Antiguo Testamento la Revelación divina recorre los primeros pasos de un camino que progresa hacia su plenitud. De hecho, se han producido avances significativos a lo largo de la historia del pueblo elegido en la manifestación por parte de Dios de todo lo que se refiere a la acción del Espíritu y de todo cuanto se relaciona con la venida del Mesías. Un estudio detenido de los textos bíblicos permite descubrir algunas etapas de ese proceso, que es de revelación progresiva y no de simple evolución natural de ideas o creencias.

Por lo que se refiere al Espíritu, se puede observar que en la mayor parte de los textos del Antiguo Testamento el Espíritu designa un don divino que reposa sobre unos hombres que han sido escogidos para desempeñar alguna tarea importante en la historia de la manifestación del Dios de la salvación y la bendición<sup>4</sup>.

Al hablar de algunos personajes de relevancia en diversos momentos de esa historia, se indica explícitamente que contaban con el auxilio del Espíritu de Dios para realizar su misión.

Así sucede con José (Gen 41, 38), Bezalel, el artesano que construyó el arca de la Alianza (Ex 31, 3; 35, 31), Balaam al pronunciar sus oráculos

---

4. Una buena síntesis acerca de la actuación salvífica del Espíritu en el Antiguo Testamento puede verse en A. ARANDA, *Estudios sobre pneumatología* (Pamplona, 1985) 19-23.

sobre Israel (Nm 24, 2), Saúl (1 Sm 10, 10; 11, 6; 19, 23), los mensajeros de Saúl (1 Sm 19, 20), Azarías, hijo de Oded (2 Cr 15, 1), Zacarías, hijo de Yehoyadá (2 Cr 24, 20), los que se sintieron movidos a regresar del destierro de Babilonia (Esd 1, 5) y Ezequiel (Ez 11, 24).

En otros momentos se habla del Espíritu de Yhwh con el mismo sentido que antes. Tal es el caso de Moisés (Nm 11, 25), los setenta ancianos de Israel llamados a ayudar a Moisés (Nm 11, 29), Otniel (Jue 3, 10), Gedeón (Jue 6, 34), Jefté (Jue 11, 29), Sansón (Jue 13, 25; 14, 6. 19; 15, 14), Saúl (1 Sm 10, 6), David (1 Sm 16, 13; 2 Sm 23, 2), Elías (1 Re 18, 12), Yahaziel, hijo de Zacarías (2 Cr 20, 14), Ezequiel (Ez 11, 5; 37, 1), y el pueblo redimido del Destierro por el Señor (Ez 37, 14). Tanto en estos textos como en los antes citados el Espíritu designa un don de Dios, que consiste en el aliento carismático que el Señor concede a esos hombres elegidos y es prenda de la protección divina en ese momento y capacidad e impulso interior para la realización de la tarea que cada uno tiene encomendada<sup>5</sup>.

Por lo que respecta a la figura del Mesías, es necesario hacer algunas precisiones. En primer lugar conviene hacer notar que en los textos del Antiguo Testamento nunca se utiliza la palabra Mesías (*mašiaj*, ungido) para designar explícitamente a un redentor que habría de venir. Cuando se habla del Mesías, el ungido, se está designando habitualmente al rey<sup>6</sup>, aunque también en ocasiones se trata de un profeta o sacerdote<sup>7</sup>. El término alude principalmente al rito de la entronización en el que se derramaba aceite sobre la cabeza del monarca. A pesar de todo, el término con-

5. Esa acción del Espíritu sobre esos hombres no es fruto de la reflexión propia de una tradición teológica dentro de Israel: las expresiones «espíritu de Dios (*Elohim*)» y «espíritu del Señor (*Yhwh*)» aparecen un número parecido de veces, y la alusión a la donación del Espíritu es frecuente tanto en textos deuteronomistas como sacerdotales o proféticos de diversos tipos. Forma parte, por lo tanto, del núcleo teológico común a todas ellas. Por eso en la redacción de nuestras reflexiones sobre este tema hablamos indistintamente de «Dios» y «el Señor».

6. Sólo se utiliza el verbo *mšj* dos veces aludiendo a la unción de un profeta (1 Re 19, 16 e Is 61, 1), frente a treinta y dos ocasiones en que se refiere a la unción real. El resto de las veces en que aparece (hasta 64 en total) se refiere a ritos de unción aplicados a personas o cosas, y a veces, a unciones en contexto no cúltilco (por ejemplo Is 21, 5: engrasar el escudo). Por lo que respecta a la palabra *mašiaj* (que aparece 39 veces), también designa normalmente al rey y sólo ocasionalmente (6 veces) al sumo sacerdote. Cfr. J. A. SOGGIN, *Mélek. Rey*, en E. JENNI-C. WESTERMANN, *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* I, 1243-1245.

7. En estos casos parece que se utiliza en un sentido traslaticio. Cfr. E. KUSTCH, *Salbung als Rechtsak im alten Orient*, 62.

nota la existencia de una estrecha relación entre Yhwh y el que recibe la unción, como lo atestigua el uso frecuente de la fórmula «el ungido de Yhwh»<sup>8</sup>.

Pues bien, en esa peculiar relación que se establece entre Yhwh y sus ungidos, el Espíritu tiene una intervención singular. En el Antiguo Testamento hay dos textos, y bien significativos, en los que se hace notar que la unción trae consigo una donación del Espíritu de Yhwh. Es más, podría decirse que la propia unción es un símbolo externo de esa donación del Espíritu.

En uno de esos casos se trata de una unción real: «Tomó, pues, Samuel el cuerno de aceite y le ungió [a David] en medio de sus hermanos. El espíritu del Señor invadió a David desde aquel día» (1 Sm 16, 13).

El otro texto es más complejo: «El Espíritu de mi señor Yhwh está sobre mi, porque Yhwh me ha ungido, y me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones rotos, a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad» (Is 61, 1).

Estos dos textos breves son piezas clave en el tema que nos ocupa. En el primero se pone de manifiesto que la unción real trae consigo la donación abundante del Espíritu de Dios sobre un hombre concreto: David. Precisamente David es el único rey del que se dice en la Escritura que recibiera el Espíritu como fruto de la unción real<sup>9</sup>. En esa ocasión la unción es realizada por otro hombre, Samuel, como siempre sucedió en la entronización de reyes. En el segundo texto es Yhwh, el Señor, quien otorga la unción. El pasaje de Is 61, 1 se encuentra en el punto de inflexión entre las características de un mesías rey y un mesías profeta. «El yo que está hablando es las dos cosas a un tiempo: un rey profético, un profeta regio, encontrándose en cualquier caso, adornado con el Espíritu en su doble misión»<sup>10</sup>.

---

8. Cfr. 1 Sm 24, 7. 11; 26, 9. 11. 16. 23; 2 Sm 1, 14. 16; 19. 22; Lm 4, 20 y otros. «El acontecimiento fundamental de la entronización era el ingreso del descendiente davídico en la relación filial con Yahveh. El hecho tenía el sentido de un acto de adopción, como se deduce claramente del Sal 2, 7. A diferencia de Egipto, Israel no entendió jamás la filiación divina del rey en sentido mitológico, como si el rey descendiese físicamente de la divinidad, sino como un acto jurídico e histórico, que creaba una relación muy particular entre el rey y Yahveh» (G. VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento I* (Salamanca, 1993) 396-397).

9. En varias ocasiones se dice que Saúl recibió el Espíritu (1 Sm 10, 6. 10; 11, 6; 19, 23), pero en todos los casos esa donación del Espíritu no es consecuencia de la unción real, sino que está relacionada con fenómenos ligados al profetismo primitivo.

10. M. NOTH, *Estudios sobre el Antiguo Testamento* (Salamanca, 1985) 256.

En ambos textos la unción no proporciona un simple impulso carismático sino que trae consigo una posesión estable del Espíritu del Señor. Ya en el texto de Is 61, 1 se insinúa esa «posesión» del Espíritu por parte del Ungido, «queriendo quizás excluir de ese modo la posibilidad de una posesión temporal del Espíritu, como había sido regla en otro tiempo»<sup>11</sup>. Además, se llega más lejos: el don del Espíritu no ha sido recibido para provecho propio sino para donarlo a su vez a los demás mediante la proclamación del alegre mensaje de la salvación. De alguna manera se deja entrever en esas palabras del libro de Isaías que el Espíritu no es sólo un «don» que se recibe, sino que confiere la capacidad de ser «dador» de dones divinos a los demás.

Esta nueva dimensión en la donación del Espíritu ya no va a estar ligada a la unción real, sino que va a ser característica de un mediador de la salvación en una época que se aguarda de modo expectante. En las alusiones a ese mediador en los textos del Antiguo Testamento no se hablará del Mesías<sup>12</sup>, sino que se recurrirá a expresiones figuradas. La más fecunda es la que caracteriza a ese personaje como descendiente de David<sup>13</sup>: «maravilla de consejero, Dios fuerte, siempre padre, príncipe de la paz» (Is 9, 5), «vástago de la raíz de Jesé» (Is 11, 1), el «dominador de Israel» que nacerá en Belén (Miq 5, 1), el «germen justo» suscitado a David (Jer 23, 5), el «pastor» del pueblo (Ez 34, 23). Junto a ella, y cargada de contenido, aparece la figura del Siervo de Yhwh (Is 42, 1-9; 49, 1-7; 50, 4-11; 52, 13 - 53, 12)<sup>14</sup>.

Pues bien, cuando se habla de esos mediadores de la salvación divina que no son designados explícitamente con el título de Mesías, no suele faltar una clara alusión a la acción del Espíritu que los sostiene en su misión salvífica. Y esto sucede tanto en las expresiones ligadas a la descendencia de David como al Siervo de Yhwh:

11. G. VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento II* (Salamanca, 1990) 212.

12. En cambio, en la literatura de Qumran y en otros apócrifos sí que se habla de la esperanza escatológica en un reinado efectivo de Dios regido por un Ungido de Dios. Cfr. una síntesis del status quaestionis acerca del tema en A. S. VAN DER WOUDE, *Biblich-Historisches Handwörterbuch*, II, 1197-1204.

13. Nótese que la relación se establece con David, no con la institución monárquica.

14. Acerca de la relación entre el texto de Is 61, 1 y el Siervo de Yhwh, véase el estudio de W. A. M. BEUKEN, *Servant and Herald of Good Tidings. Isaiah 61 as an Interpretation of Isaiah 40-55* en J. VERMEYLEN, *The Book of Isaiah* (Leuven, 1989) 411-442.

«Saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor. Y le inspirará en el temor del Señor» (Is 11, 1-2)

«He aquí a mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi Espíritu sobre él: dictará la ley a las naciones» (Is 42, 1).

En ambos casos, lo mismo que en el texto de Is 61, 1 que antes se ha comentado brevemente, ese Mesías<sup>15</sup> no será un personaje ungido con aceite en la ceremonia de entronización real sino que estará ungido por el Espíritu. Contará con el Espíritu, ese don de Dios que lo auxiliará en su tarea. Un don otorgado por Dios mismo, no recibido de ningún hombre, y un don estable: «el Señor Dios me envía con su Espíritu» (Is 48, 16). Se trata de un don para la persona que lo recibe, pero que está muy ligado a la misión mediadora de salvación que Dios le encomienda. Un don al que se alude ya en el comienzo del primer canto del Siervo de Yhwh y que llevará a ese Siervo a cumplir una tarea que traerá la salvación para toda la humanidad: «para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (Is 49, 6). El profeta presenta al Siervo de Yhwh como aquél que viene por el Espíritu, posee la plenitud de este Espíritu en sí y, al mismo tiempo, para los demás: para Israel y para toda la humanidad.

De cuanto se ha señalado es posible apreciar que, tanto en los textos donde se habla explícitamente del Mesías-Ungido, ya sea rey o profeta, como en los que se trata del Mesías que trae la salvación de parte de Dios, su persona y su misión mesiánicas tienen una particular relación con una acción especial del Espíritu del Señor. Acción que es un «don» de Dios<sup>16</sup>, que poco a poco deja entrever la presencia de un «dador».

## 2. *Un don del Espíritu: el reconocimiento de Jesús como Mesías y Señor*

La Iglesia, a la luz de la plenitud de la revelación neotestamentaria, reconocerá a ese Mesías preanunciado por Dios, mediador de la salvación

15. Entiéndase a partir de ahora como «mediador de la salvación que se espera de Dios» y no como rey Ungido.

16. En bastantes casos la infusión del Espíritu es presentada como una «donación», según se deduce del uso del término *rúaj* (espíritu) como complemento directo del verbo hebreo *natan* (dar): Nm 11, 25. 29; Jue 3, 10; Neh 9, 20; Is 42, 1. 5; Ez 11, 19; 36, 26. 27; 37, 14.

para los hombres, en la persona de Jesús de Nazaret. Y, como ya se apuntaba en el Antiguo Testamento, la acción del Espíritu desempeñó un protagonismo singular en la manifestación de Jesús como Mesías y en el desarrollo de su obra. Sin embargo, también en el Nuevo Testamento la revelación fue progresiva, la acción de Dios siguió un camino de etapas sucesivas hasta llegar a su plenitud.

En el texto evangélico han quedado algunas improntas de ese proceso. Por eso, en esta parte del trabajo, los puntos de referencia para la reflexión teológica vendrán dados por esas huellas literarias que se pueden detectar en el texto sagrado. En un primer momento se pasará revista al modo en que los escritores del Nuevo Testamento hablan de Jesús y lo que reflejan las denominaciones que se emplean acerca de qué pensaba la gente y ellos mismos sobre la identificación entre Jesús y el Mesías esperado por Israel. A continuación se dejará constancia del cambio de actitud que se produce en ese tema a partir del día de Pentecostés, tal y como lo manifiestan los textos. En el tercer apartado se buscarán las explicaciones que el propio texto del Nuevo Testamento ofrece acerca de ese cambio.

#### a) *Jesús en los Evangelios*

La denominación de Jesús como «Jesucristo», es muy frecuente en el Corpus Paulinum. Sin embargo, en los Evangelios casi siempre se habla de él utilizando su nombre ordinario: Jesús.

Además, entre los pocos casos en que aparece el nombre de «Jesucristo» en los Evangelios, dos de ellos se encuentran en el primer capítulo del Evangelio según Mateo (Mt 1, 1. 18), otro en el primer versículo del Evangelio según Marcos (Mc 1, 1), y otro en el Prólogo del Evangelio según Juan (Jn 1, 17)<sup>17</sup>. Parece lógico pensar que, al menos en esos casos, en que se trata de pasajes situados al principio de los respectivos Evangelios, la utilización de ese nombre obedezca a motivos redaccionales, con objeto de dar a conocer al lector que ese Jesús del que habla en ellos es el Mesías esperado. A ese hombre se lo llama simplemente Jesús en todos los demás pasajes evangélicos.

Esa coherencia en el uso del nombre de Jesús, sin añadir Cristo, en los relatos evangélicos es, muy probablemente, un fiel reflejo de la discre-

---

17. Probablemente la ausencia del uso del sintagma Jesucristo al comienzo del Evangelio según Lucas es intencionada, como se verá más adelante.

ción con la que Jesús de Nazaret fue manifestando su misión. Los evangelistas han respetado en sus escritos el modo de referirse a Jesús que la gente utilizó para dirigirse a él durante los años que precedieron a su muerte y que probablemente se siguió utilizando en los primeros documentos acerca de la vida y predicación de Jesús que se fueron redactando por escrito, algunos de los cuales quedarían recogidos en los Evangelios Sinópticos.

Las expectativas mesiánicas estaban particularmente vivas entre la gente de Palestina cuando Jesús comenzó su predicación<sup>18</sup>. Poco antes, cuando Juan bautizaba a orillas del Jordán, «todos se preguntaban en su interior, si acaso Juan no sería el Mesías» (Lc 3, 15). Por eso Jesús, para evitar que una plebe enfervorizada quisiera aclamarlo como Mesías sin entender de qué modo él es el Salvador esperado, increpa a los demonios que expulsa para que no hablen, «porque sabían que él era el Cristo» (Lc 4, 41).

Sin embargo, cuando ya está bien avanzada la vida pública llega un momento en el que invita a reflexionar a sus discípulos sobre todo lo que han visto y oído. El suceso debió impresionar profundamente a quienes lo presenciaron y cuando se fueron poniendo por escrito los recuerdos de ese acontecimiento se compuso un relato que nos ha llegado con ligeras variantes atestiguado por triple tradición sinóptica:

Mt 16, 13-17, 20-21	Mc 8, 27-31	Lc 9, 18-22
<p><sup>13</sup>Cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo,</p> <p>preguntó a sus discípulos: —¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?</p> <p><sup>14</sup>Ellos respondieron: —Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas.</p>	<p><sup>27</sup>Salió Jesús con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo, y en el camino</p> <p>preguntaba a sus discípulos: —¿Quién dicen los hombres que soy yo?</p> <p><sup>28</sup>Ellos les respondieron: —Unos que Juan el Bautista, otros que Elías y otros que uno de los profetas.</p>	<p><sup>18</sup>Y sucedió que, cuando estaba haciendo oración, se hallaban con él</p> <p>los discípulos y les preguntó: —¿Quién dicen las gentes que soy yo?</p> <p><sup>19</sup>Ellos respondieron: —Juan Bautista; otros que Elías, y otros que ha resucitado un profeta de los antiguos.</p>

18. Puede encontrarse una buena perspectiva de la situación en R. TREVIJANO, *Orígenes del cristianismo. El trasfondo judío del cristianismo primitivo* (Salamanca, 1995) 325-345.

Mt 16, 13-17, 20-21	Mc 8, 27-31	Lc 9, 18-22
<p><sup>15</sup>Él les dijo: —Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?</p> <p><sup>16</sup>Respondiendo Simón Pedro dijo: —Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.</p> <p><sup>17</sup>Jesús le respondió: —Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. (...)</p> <p><sup>20</sup>Entonces ordenó a los discípulos que no dijeran a nadie que él era el Cristo.</p> <p><sup>21</sup>Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y padecer mucho por los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día</p>	<p><sup>29</sup>Entonces él les pregunta: —Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?</p> <p>Respondiendo Pedro, le dice: —Tú eres el Cristo.</p> <p><sup>30</sup>Y les ordenó que no hablasen a nadie sobre esto.</p> <p><sup>31</sup>Y comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y ser muerto y resucitar después de tres días</p>	<p><sup>20</sup>Pero él les dijo: —Y vosotros ¿quién decís que soy yo?</p> <p>Respondiendo Pedro dijo: —El Cristo de Dios.</p> <p><sup>21</sup>Pero él les amonestó y les ordenó que no dijeran esto a nadie.</p> <p><sup>22</sup>Y añadió: —Es necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día</p>

Hagamos notar que, a pesar de las variantes de la triple tradición, en todos los casos se conserva inequívoca la confesión de Pedro: «Tú eres el Cristo», esto es, el Mesías<sup>19</sup>. Así como, y esto también debe formar parte del relato primitivo que está en la base de los tres sinópticos, la amonestación de Jesús a sus discípulos para que guardaran silencio acerca del tema.

El versículo que sigue en los tres sinópticos a la llamada al silencio de su condición mesiánica no puede ser más expresivo. Habla explícitamente de

19. En el relato de Mateo se hace constar explícitamente la aprobación de Jesús a esa confesión de fe.

su pasión, muerte y resurrección<sup>20</sup>. Acaba de aceptar la confesión de que es el Mesías, pero aprovecha la ocasión para explicar a los Apóstoles qué tipo de Mesías: no un liberador triunfante, sino un salvador que se ajusta a la figura del Siervo Sufriente de Yhwh, con una misión como la que se describe en Is 52, 13 - 53, 12, un siervo que será exaltado después de haberse entregado a la muerte, un justo que carga sobre sí los pecados del pueblo. Su misión mesiánica no es la del rey glorioso, sino la del mediador de la salvación divina.

No obstante, a pesar de las llamadas de Jesús a la discreción, la gente veía en los hechos de Jesús manifestaciones de su carácter mesiánico. El primitivo relato de la Pasión deja entrever el clamor popular que así lo reconocía. Por eso cuando después del prendimiento de Jesús en Getsemaní tuvo lugar el interrogatorio ante los príncipes de los sacerdotes, le preguntaron abiertamente:

Mt 26, 63-64	Mc 14, 61-62	Lc 22, 66-69
<p><sup>63</sup>Pero Jesús permanecía en silencio.</p> <p>Entonces el Sumo Sacerdote le dijo:</p> <p>—Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.</p> <p><sup>64</sup>Jesús le respondió:</p> <p>—Tu lo has dicho.</p> <p>Además os digo que en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.</p>	<p><sup>61</sup>Pero él permanecía en silencio y nada respondió.</p> <p>De nuevo el Sumo Sacerdote le preguntaba y le decía:</p> <p>—¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?</p> <p><sup>62</sup>Jesús respondió:</p> <p>—Yo soy.</p> <p>y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y venir sobre las nubes del cielo.</p>	<p><sup>66</sup>Al hacerse de día se reunieron los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y le condujeron al Sanedrín, <sup>67</sup>diciéndole:</p> <p>—Si tú eres el Mesías, dínoslo.</p> <p>Y les contestó</p> <p>—Si os lo digo, no creeréis; <sup>68</sup>y si hago una pregunta, no me responderéis.</p> <p><sup>69</sup>No obstante, desde ahora estará el Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios.</p>

20. Parece claro que la secuencia en la narración sinóptica entre la confesión de Pedro, con la consiguiente amonestación al silencio, y el anuncio de la pasión introduce el tema del Mesías doliente que se irá perfilando en momentos sucesivos en los tres Evangelios. Cfr. E. J. MALLY, *Evangelio según San Marcos* en R. E. BROWN y otros, *Comentario bíblico «San Jerónimo»* (Madrid, 1972) 108. No obstante, algunos autores consideran que esa secuencia de relatos es puramente redaccional (Cfr. J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos II* (Salamanca, 1993) 10-14). Acerca del sentido del anuncio de la pasión en ese contexto véase J. M<sup>a</sup> CASCIA-RO, *Estudios sobre cristología del Nuevo Testamento* (Pamplona, 1982) 143-145.

La cuestión fundamental es: «¿Eres tú el Mesías?». En esta ocasión particularmente solemne y comprometida la respuesta de Jesús es inequívoca<sup>21</sup>. La contestación de Jesús es lo suficientemente clara como para que sus acusadores encuentren en ella motivo como para condenarlo a muerte, y hasta el punto de que cuando sus acusadores lo presenten ante Pilato formularán así su denuncia: «Hemos encontrado a éste soliviantando a nuestra gente y prohibiendo dar tributo al César; y dice que él es Cristo Rey» (Lc 23, 2). Y el mismo Pilato preguntará así a la gente: «¿Y qué haré con Jesús, el llamado Cristo?» (Mt 27, 22).

Hasta aquí el testimonio que se puede deducir de los relatos evangélicos acerca de esta compleja cuestión. Todos los datos apuntan a que hubo un clamor popular creciente que veía en Jesús al Mesías esperado y que hubo un hombre, el propio Jesús, que se resistió a proclamarse abiertamente como tal, aunque no tuvo inconveniente en dar a conocer con sencillez en los momentos oportunos cuál es su verdadera misión.

#### b) *La proclamación de Jesús como Mesías*

La coherencia en el uso del nombre propio de Jesús, sin más epítetos, por parte de los evangelistas se realza más si cabe a la luz de los Hechos de los Apóstoles. En los primeros capítulos de este libro, la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles en Pentecostés inaugura una nueva época. Llenos del Espíritu Santo los Apóstoles salen a la calle a predicar abiertamente y sin miedo. Pedro, en su impresionante discurso, según el relato de Hechos va pasando revista a los jalones más significativos de la vida de Jesús, interpretándola según las Escrituras con la luz nueva que le proporciona el Espíritu Santo<sup>22</sup>. Y concluye su intervención con rotundidad: «Por tanto, sepa con seguridad toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis» (He 2, 36)<sup>23</sup>. La recepción del don del Espíritu Santo parece decisiva para que

21. A la vez está muy matizada, ya que sus palabras manifiestan que su mesianismo no es el de un rey nacionalista, sino que es de tipo trascendente. Cfr. J. M<sup>a</sup> CASCIARO, *Estudios sobre cristología del Nuevo Testamento* (Pamplona, 1982) 156-157.

22. Un análisis de este discurso, señalando su eminente carácter cristológico, puede verse en B. CORSANI, *Pentecoste e discorso di Pietro (Atti 2)* en M. LACONI (y otros), *Vangeli Sinottici e Atti degli Apostoli* (Leumann-Torino, 1994) 508-511.

23. «Hablar aquí de una 'cristología adopcionista' en el sentido que le conferirá posteriormente la dogmática por el hecho de que se diga que Dios lo ha constituido 'Señor y Mesías' después de la resurrección es un anacronismo, pues la cuestión

Pedro pudiera proclamar, no ya en el reducido grupo de los Apóstoles, sino ante toda la casa de Israel, que Jesús es el Mesías.

Es más, después de esa proclamación invita al pueblo a que se convierta y se bautice para que también ellos puedan recibir ese don del Espíritu: «Convertíos, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de *Jesucristo* para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (He 2, 38). En estas palabras, como se puede apreciar, Jesús aparece calificado como Cristo, y es la primera vez que esto sucede en la obra de Lucas. Hasta ese momento, en el Evangelio según Lucas había aparecido noventa y cuatro veces el nombre de Jesús. En el libro de los Hechos ya había aparecido ocho veces el nombre de Jesús, siempre solo hasta ese momento. A partir de He 2, 38, aunque sigue utilizándose en varias ocasiones el nombre de Jesús, se empleará veinte veces la denominación «Jesucristo». Parece evidente que tal precisión en el uso de los nombres Jesús y Jesucristo dista de ser casual, y no deja de ser significativo que el punto de inflexión escogido por el autor sagrado para pasar del uso del nombre de Jesús al de Jesucristo sea la culminación del discurso de San Pedro en el mismo día de Pentecostés. Si hay que tomarse en serio las expresiones del texto sagrado, no se puede ignorar que hay una peculiar intervención del Espíritu Santo para que a Jesús se le pueda llamar Jesucristo, esto es, para que se reconozca que Jesús de Nazaret es el Mesías, el salvador esperado.

A su vez, esa acción del Espíritu Santo hace que la Revelación divina progrese aún más: Jesús no sólo ha sido proclamado como Mesías, sino también constituido como «Señor» (cfr. He 2, 36). Y esto lleva consigo el reconocimiento no sólo de su soberanía, ya que el título *Kyrios* es propio del culto imperial, sino de su divinidad, ya que ese es el nombre que la traducción de los Setenta había utilizado sistemáticamente para designar el nombre propio de Dios, Yhwh<sup>24</sup>.

En la narración del martirio de San Esteban se habla de los efectos obrados por el Espíritu Santo: «él, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo, y vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios (...) y lapidaban a Esteban, mientras oraba diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu» (He 7, 55. 59). Lleno del Espíritu Santo, Esteban contempla a Jesús

---

de si Jesús, en el caso de que no fuera todavía Señor y Mesías, hubiese sido solamente un mero hombre, a quien Dios en el momento de la resurrección hubiera adoptado como hijo suyo, está aquí completamente fuera del horizonte cultural y religioso» (J. RIUS-CAMPS, *Comentari als Fets dels Apòstols I* (Barcelona, 1991) 145).

24. Cfr. A. DEL AGUA, *El 'derás' cristológico* en «Scripta Theologica» 14 (1982) 213-215.

en el cielo compartiendo la gloria de Dios, y puede llamar Señor a Jesús en sus últimas palabras.

Otro momento relevante en la nueva etapa de la historia de la salvación abierta en Pentecostés lo constituye la predicación de San Pedro en casa del centurión Cornelio. En ella expone sintéticamente la vida de Jesús, y habla con toda profundidad de la naturaleza del mesianismo de Jesús: «Vosotros sabéis lo ocurrido por toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo a Jesús de Nazaret le ungió Dios con el Espíritu Santo y poder, y cómo pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; de cómo le dieron muerte colgándolo de un madero. Pero Dios le resucitó al tercer día y le concedió manifestarse, no a todo el pueblo, sino a testigos elegidos de antemano por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos; y nos mandó predicar al pueblo y atestiguar que éste es quien ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos. Acerca de él testimonian todos los profetas que todo el que cree en él recibe por su nombre el perdón de los pecados» (He 10, 37-43).

Este texto es importante. De una parte, hace constar que «todos los profetas» dan testimonio de Jesús: El es el mediador de la salvación anunciado y al que todo Israel esperaba como Mesías. Pero no es un Mesías regio, ungido con aceite para entronizarlo como monarca terreno, sino ungido «con el Espíritu Santo» y poder. Jesús es Mesías por don del Espíritu Santo. Su poder no procede de las armas sino del Espíritu Santo. Su acción liberadora no es guerrera sino benefactora y sanadora, en la línea del mesías de Is 61 proclamador del año de gracia del Señor y sobre el que reposa establemente el Espíritu, «porque Dios estaba en él»<sup>25</sup>.

Los ejemplos aducidos son suficientes para caer en la cuenta de que los Apóstoles atribuyen a esa acción del Espíritu Santo recibido en Pentecostés la nueva y profunda perspectiva con la que pueden analizar sus recuerdos de Jesús de Nazaret y ahondar en ellos, hasta entender con toda profundidad que ciertamente él es el Mesías, el salvador esperado, y que fue ungido por el Espíritu Santo para esa misión. Por eso, a partir de Pentecostés, los discípulos de Jesús no dudan en designarlo como «Jesucristo» de modo habitual, tal y como se hace a partir de ese discurso de San Pedro.

---

25. Cfr. J. RIUS-CAMPS, *Comentari als Fets dels Apòstols II* (Barcelona, 1993) 290-291.

En el Corpus paulinum, donde están tal vez los textos cristianos más antiguos que se conservan, se confiesa que Jesús es el Mesías desde el primer momento. El nombre «Jesucristo» aparece 169 veces (de ellas 66 en la fórmula «Señor Jesucristo»), frente a 32 ocasiones en que aparece Jesús sin el epíteto Cristo (aunque en 22 de ellas se trata de la fórmula «Señor Jesús»). Tan sólo en 10 ocasiones aparece el nombre de Jesús sin ser calificado inmediatamente de Cristo o de Señor<sup>26</sup>. En la Carta a los Hebreos —no incluida en ese recuento del Corpus Paulinum— la proporción es algo distinta, pues aparece 4 veces la expresión «Jesucristo», 1 vez «Señor Jesús» y 9 veces el nombre de Jesús, sin ningún epíteto.

Por lo que respecta a las Epístolas Católicas aparece 35 veces el nombre de Jesucristo, y en 13 de ellas en la expresión «Señor Jesucristo». Sólo en dos ocasiones aparece el nombre de Jesús sin ser calificado de Señor o de Cristo<sup>27</sup>. En el Apocalipsis se utiliza 6 veces la expresión Jesucristo (una de ellas, como «Señor Jesucristo»), una vez el Señor Jesús y 5 veces el nombre de Jesús<sup>28</sup>.

Estos fríos datos numéricos ponen de manifiesto que, según se desprende del modo de hablar acerca de Jesús empleado por los autores del Nuevo Testamento —excluyendo a los evangelistas—, éstos no dudan en considerar que Jesús es el Mesías y es Señor, y esto desde los escritos más primitivos. En total se utiliza 214 veces el nombre de Jesucristo (de ellas 80 en la expresión «Señor Jesucristo») y 37 Señor Jesús (sin mención a Cristo). Lo que hace un total de 251 ocasiones en que se califica a Jesús como Mesías o Señor (90,6% del total). Frente a 26 ocasiones en que aparece solo el nombre de Jesús (9,4%).

Por eso el contraste con los Evangelios no puede pasar inadvertido. En ellos aparece 6 veces en total el nombre de Jesucristo (nunca la expresión Señor Jesucristo) y 2 veces la expresión Señor Jesús. Lo que hace un total de sólo 8 ocasiones en las que Jesús es calificado explícitamente de Mesías o Señor por los evangelistas (1,4%). En cambio, aparece el nombre de Jesús, sin más epítetos en 552 ocasiones (98,6%).

Esa diferencia requiere una explicación, y tal vez la mejor sea la que se desprende del tratamiento redaccional que se hace en los escritos de Lu-

26. Rm 3, 26; 8, 11; 1 Cor 12, 3; 2 Cor 4, 10; 11, 4; Ef 4, 21; Fil 2, 10; Col 4, 11; 1 Tes 1, 10; 4, 14.

27. 1 Jn 4, 15; 5, 5. En ambas ocasiones se está hablando de Jesús como Hijo de Dios.

28. Ap 14, 12; 17, 6; 19, 10; 20, 4; 22, 16.

cas y que ya se ha comentado: a partir de la recepción del Espíritu Santo es posible reconocer abiertamente a Jesús como Mesías y Señor. Por eso, en el Corpus Paulinum, Epístolas Católicas y Apocalipsis, ese es un tema pacíficamente asumido como punto de partida. En cambio, en los Evangelios se aprecia un esfuerzo por reflejar en los textos narrativos las escenas tal y como se habrían contado de modo contemporáneo a los acontecimientos, sin terminologías que resultaran anacrónicas, pero a la vez señalando claramente en la redacción que ese Jesús del que se habla en ellos es el Mesías.

Para esto, Mateo comienza así: «Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (Mt 1, 1). Genealogía que termina con las palabras: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús llamado Cristo» (Mt 1, 16). Y para iniciar la explicación del modo en que nació dice: «La generación de Jesucristo fue así» (Mt 1, 18). A partir de ese momento, cuando ya ha quedado suficientemente claro de quien se va a hablar, no volverá a aparecer la expresión «Jesucristo» en ese Evangelio.

Por su parte, Marcos comienza su escrito en los siguientes términos: «Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1, 1) y a partir de ese primer versículo, tampoco volverá a aparecer allí el nombre de Jesucristo.

En el caso de Lucas, como ya se ha indicado, no se denomina a Jesús como Jesucristo hasta el discurso de San Pedro el día de Pentecostés, después de que los Apóstoles hayan recibido el Espíritu Santo.

Por su parte, Juan dice en la culminación del prólogo a su Evangelio: «la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo» (Jn 1, 18). Aparecerá el nombre de Jesucristo una vez más, ya avanzado el Evangelio: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo a quien Tú has enviado» (Jn 17, 3). Y otra por último, cuando se acerca la conclusión del Evangelio: «Muchos otros milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no han sido escritos en este libro. Estos, sin embargo, han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 30-31).

c) *La acción del Espíritu Santo en el reconocimiento de Jesús como Mesías*

Parece claro, por todo lo que se acaba de señalar, que la recepción del Espíritu Santo por parte de los Apóstoles el día de Pentecostés marca

un punto de inflexión en su modo de hablar sobre Jesús, en su forma de proclamar unos hechos que ya se habían dado, pero que a partir de entonces se vislumbran con una nueva y meridiana claridad: que ese Jesús con quien han convivido, al que han visto morir y de cuya Resurrección han sido testigos es el Mesías esperado y es el Señor. ¿Qué ha obrado ese cambio en el modo de hablar? ¿Están idealizando a un hombre admirable al que han conocido y que ha supuesto un revulsivo para sus vidas?

Conviene escuchar la respuesta que dan ellos mismos, aquellos primeros seguidores de Jesucristo y proclamadores de su mensaje. La respuesta más clara es de San Pablo: «Por eso os hago saber que nadie que hable en el Espíritu de Dios dice: ¡Anatema Jesús!, y nadie puede decir: ¡Señor Jesús!, sino por el Espíritu Santo» (1 Cor 12, 3). Lo que se podía deducir del lenguaje de Hechos de los Apóstoles lo afirma San Pablo explícitamente: si podemos decir que Jesús es Señor, es gracias al Espíritu Santo. Vale la pena señalar que esas palabras del Apóstol se encuadran en unas enseñanzas acerca de los carismas. La confesión de que Jesús es Señor es, sin duda, un don del Espíritu.

El mismo Pablo, al justificar su predicación ante los Romanos, señala que gracias a la fuerza del Espíritu de Dios ha llevado a cabo por todas partes la predicación del Evangelio de Cristo (cfr. Rom 15, 19). O, lo que es lo mismo, gracias al Espíritu ha podido transmitir la buena noticia de que Jesús es el Mesías, el mediador de la salvación a quien Israel esperaba.

También en la Segunda Carta a los Corintios cuando está hablando a los fieles de la limpieza con la que quisiera presentarlos a Cristo les advierte del peligro de los falsos predicadores: «porque si viniera alguno anunciando un Jesús distinto del que os hemos predicado, o recibirais un Espíritu distinto del que habéis recibido, o un evangelio distinto del que habéis abrazado ...» (2 Cor 11, 4). Del tenor de las palabras del Apóstol se desprende con claridad que la recepción del Espíritu es la que lleva a la predicación de un modelo concreto de Jesús (como «Mesías», recuérdese el contexto) y un evangelio determinado. Precisamente el Espíritu Santo recibido por los fieles los habilita para reconocer a Jesús con toda verdad como el Mesías portador de la buena noticia de la liberación.

En el himno de Efesios, las bendiciones «espirituales», esto es, el cúmulo de beneficios que los cristianos agradecen a Dios Padre, culminan en la redención y la manifestación del misterio de la recapitulación de todas

las cosas en Cristo (cfr. Ef 1, 3-10)<sup>29</sup>. E incluso, cuando el Apóstol desea a los destinatarios de su carta el que puedan conocer a fondo a Jesús como Señor y como Mesías, con todas sus consecuencias, no duda en pedir al Padre la donación del Espíritu: «Por esto, también yo, al tener noticias de vuestra fe en el Señor Jesús y de la caridad hacia todos los santos, no dejo de dar gracias por vosotros, al recordaros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda el Espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle» (Ef 1, 15-17). La expresión «Espíritu de sabiduría y de revelación» tiene reminiscencias de Is 11, 2 y designa, tanto en el lenguaje del Antiguo Testamento como en la tradición apostólica «el Espíritu mesiánico de la inspiración que penetra en los misterios de Dios»<sup>30</sup>.

Y, por último, en esa misma carta, San Pablo exhorta: «llenaos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando gracias siempre por todas las cosas a Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, sumisos unos a otros en el temor de Cristo» (Ef 5, 18-21). Esa plenitud del Espíritu en los cristianos, se manifestará en himnos de alabanza para agradecer los bienes de la salvación recibidos por medio de Jesús, el Mesías y el Señor.

En todos estos casos se habla del Espíritu como de un don de Dios que capacita a los cristianos para conocer toda la verdad. Y al manifestarles toda la verdad les permite ahondar en la realidad de la persona de Jesús y comprender que no es un simple hombre admirable, sino el Señor y el Mesías de Dios.

### 3. *El Don del Espíritu*

Ya se hizo notar al considerar los textos del Antiguo Testamento que, tanto aquellos donde se habla explícitamente del Mesías-Ungido, ya sea rey o profeta, como aquellos en que se alude al mediador de la salvación de Dios, su persona y su misión mesiánicas se relacionan con una acción especial del Espíritu del Señor. En el apartado anterior se ilustró, a

---

29. Esas bendiciones se dan en Jesús, el Mesías, y llegan a los fieles por el poder del Espíritu que las lleva en sí y las manifiesta. Cfr. H. SCHLIER, *La Carta a los Efesios* (Salamanca, 1991) 56.

30. H. SCHLIER, *La Carta a los Efesios* (Salamanca, 1991) 101-102.

partir de los datos que proporciona el Nuevo Testamento, la importancia que tuvo esa acción del Espíritu Santo sobre los Apóstoles para que pudieran reconocer abiertamente que Jesús es el Mesías. Después de los momentos que siguieron a Pentecostés, el Espíritu Santo fue guiando la predicación apostólica e inspiró a unos hombres elegidos en la tarea de componer una narración de la vida de Jesús en la que quedara suficientemente clara su naturaleza y misión. El resultado de ese trabajo son los Evangelios. Y es admirable contemplar el modo en que los evangelistas logran plasmar con distintos recursos literarios una realidad que tal vez no supieron apreciar en toda su profundidad los testigos oculares de los acontecimientos, pero que pudieron captar después con la luz del Espíritu Santo: la acción del mismo Espíritu sobre Jesús. Estos aspectos, aunque presentes en gran parte del Nuevo Testamento, han sido explícitamente señalados por Lucas en la redacción de su Evangelio<sup>31</sup> y completados por San Juan en su admirable reflexión sobre las palabras de Jesús en torno a su Pasión, Muerte y Resurrección. Una lectura pausada de algunos textos resulta clarificadora, pero antes de iniciarla conviene realizar unas precisiones sobre la metodología de esta parte de nuestro trabajo.

En la primera sección del apartado anterior se pasó revista al modo en que la gente o los Apóstoles denominaban a Jesús en su vida pública, con particular relación a las intuiciones (entonces todavía inciertas para muchos) acerca de su carácter mesiánico. Ahora, se volverá de nuevo al texto evangélico, pero desde otra perspectiva. En este caso se prestará atención a lo que se dice en las palabras que el texto sagrado pone en boca de Jesús, o en las que responden a materiales elaborados teológicamente por los Evangelistas después de la experiencia de Pentecostés con las luces recibidas del Espíritu Santo. Gracias a la interpretación autorizada que ofrecen de los hechos es posible acercarse a la más profunda verdad de los mismos, y quedarse admirado y agradecido al contemplar la claridad y hermosura del mensaje que Dios ha querido manifestar acerca de sí mismo y, en particular, de la misión del Hijo y del Espíritu Santo en favor de los hombres.

Ya desde ese pórtico admirable que son los Evangelios de la infancia, en los que se presenta con un lenguaje profundamente teológico la figura de Jesús, se insiste en las cuestiones fundamentales acerca de su misión mesiánica así como del protagonismo que tiene el Espíritu Santo desde el mis-

---

31. Cfr. J. BORREMANS, *L'Esprit Saint dans la catéchèse évangélique de Luc* en «Lumen vitae» 25 (1970) 103-122.

mo inicio. Las palabras que el texto evangélico recoge en la conversación del ángel con María acerca de la naturaleza del hijo que va a concebir no pueden ser más explícitas: «Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre» (Lc 1, 31-32). Y la explicación acerca de la acción del Espíritu Santo en el mismo instante de su concepción tampoco dejan lugar a dudas: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo, será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35)<sup>32</sup>.

Jesús fue, pues, Ungido por el Espíritu Santo en el mismo acto de su concepción. También se puede apreciar en ese texto que, como había empezado a insinuarse en el Antiguo Testamento, aunque estaba lejos de ser claro, el Espíritu Santo no es sólo un don divino, sino un dador de dones, cuyo primer y gran Don es Jesús, el Mesías y el Señor<sup>33</sup>. Tiene lugar así una manifestación del Espíritu como persona divina cuyo Don por excelencia es otra persona divina (con la que comparte, junto con el Padre que es origen de ambos, la única naturaleza del único Dios vivo y verdadero) que se ha hecho hombre en Jesús. Precisamente, esa persona divina de Jesús, ungida por el Espíritu desde el momento en que asumió la naturaleza humana, es la del Señor y Salvador de todos los hombres. Su realidad ontológica y soteriológica se iría haciendo más explícita en la medida en que la revelación fuera avanzando con el decurso de su vida terrena. Desde su primer instante, Jesucristo será «compañero inseparable»<sup>34</sup> del Espíritu<sup>35</sup>. En el sucederse de los *kairòi* oportunos para el progreso

32. Más adelante, las palabras del ángel anuncian a los pastores quién es ese niño, Jesús, que acaba de nacer: «Hoy os ha nacido un Salvador que es Mesías y Señor, en la ciudad de David» (Lc 2, 11). Acerca de la acción del Espíritu Santo en la concepción de Jesús, véase el estudio de J. RICHARD, *Conçu du Saint-Esprit, né de la Vierge Marie* en «Église et Théologie» 10 (1979) 291-321.

33. La misma idea también está presente en los Evangelios de la infancia según Mateo: «La generación de Jesucristo fue así: Estando desposada su madre, María, con José resultó que sin haberla conocido concibió por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18). También en este caso se caracteriza a Jesús como Mesías, y se ratifica el protagonismo del Espíritu Santo en su concepción.

34. Cfr. S. BASILIO, *Tratado del Espíritu Santo* 16, 39 (PG 32, 140).

35. En la teología reciente se ha hablado mucho, y con razón, de la oportunidad de realizar una reflexión cristológica desde el punto de vista de la intervención del Espíritu en el misterio de Cristo. Esa «cristología pneumatológica» se basa, según Congar, en dos premisas: No se puede separar la cristología de la soteriología; y la obra de Dios es histórica (cfr. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo* (Barcelona, 1983) 598-600, en donde se podrán encontrar también las principales referencias bibliográficas acerca del tema). Compartimos con Congar el convencimiento de que «las eta-

de la manifestación de uno y otro se podrá decir tanto que el Espíritu unge a Jesucristo como que Jesucristo envía al Espíritu.

Ese Espíritu que acompaña a Jesús desde su concepción tiene una intervención particularmente solemne en el Bautismo del Jordán, que marca el inicio del tiempo en que su misión mesiánica adquiere una dimensión pública. A partir de ese momento, ungido por el Espíritu, pasará haciendo el bien y sanando a los oprimidos por el diablo a la vista de todo el pueblo, de modo que no faltará quien pueda testificar que lo ha visto y oído (cfr. He 10, 38-39). Así lo narran los Evangelios sinópticos:

Mt 3, 16-17	Mc 1, 10-11	Lc 3, 21-22
<sup>16</sup> Inmediatamente después de ser bautizado	<sup>10</sup> Inmediatamente	<sup>21</sup> Cuando se bautizaba todo el pueblo y Jesús, habiendo sido bautizado estaba en oración
Jesús salió del agua, y he aquí que se le abrieron los Cielos, y vio al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él.	al salir el agua vio los Cielos abiertos y al Espíritu que en forma de paloma descendía sobre él.	se abrieron los Cielos, y descendió el Espíritu Santo con forma corporal como una paloma sobre él.

pas históricas señaladas por los acontecimientos son verdaderos momentos de la autocomunicación de Dios a Jesucristo y en Jesucristo» y de que «se produjeron venidas sucesivas del Espíritu sobre Jesús, desde el punto de vista de su calidad de 'Cristo-Salvador'» (*ibid.* 600). Sin embargo, su afirmación de que «el acontecimiento decisivo fue el que acompañó al bautismo de Jesús por Juan» (*ibid.* 601) y de que «la resurrección-glorificación es el segundo momento decisivo para que Jesús adquiriera de una manera nueva la cualidad de Hijo en virtud de la acción de 'Dios' por medio de su Espíritu» (*ibid.* 602-603) nos parece una simplificación excesiva de lo que dicen los textos bíblicos, sin fundamento sólido en lo que puede deducirse del estudio crítico literario tanto diacrónico como sincrónico de los mismos. Nos parece más ajustado a los hechos y al modo en que los expresan los evangelios hablar de un proceso gradual que comienza en la Encarnación y culmina en Pentecostés. Ciertamente, el bautismo de Jesús y su resurrección-glorificación son momentos importantes, pero dentro de un conjunto más amplio, que comienza antes y culmina después. Por lo que respecta a la Cristología pneumatológica, además de la bibliografía citada por Congar, pueden verse otras obras posteriores: F. X. DURRWELL, *Pour une christologie selon l'Esprit Saint* en «Nouvelle Revue Theologique» 114 (1992) 653-677 y R. DEL COLLE, *Christ and the Spirit: Spirit-Christology in Trinitarian Perspective* (New York-Oxford, 1994), así como los estudios de J. H. P. WONG, *The Holy Spirit in the Life of Jesus and of the Christian* en «Gregorianum» 73 (1992) 57-95 y J. GALOT, *Le Christ et l'Esprit* en «Esprit et vie» 104 (1994) 657-667. 673-682.

Mt 3, 16-17	Mc 1, 10-11	Lc 3, 21-22
<p><sup>17</sup>Y una voz de los Cielos que decía:</p> <p>Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido</p>	<p><sup>11</sup>Y sobrevino una voz de los Cielos:</p> <p>Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me he complacido</p>	<p><sup>22</sup>Y sobrevino una voz de los Cielos:</p> <p>Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me he complacido.</p>

Conviene señalar que en los tres evangelios ésta es la primera escena de la vida pública de Jesús. En los tres relatos, a pesar de alguna diferencias redaccionales, se conservan dos rasgos fundamentales de contenido. Uno de ellos es la afirmación de que el Espíritu descendió sobre Jesús en ese momento inicial de su manifestación pública, el otro es la manifestación desde los cielos de la peculiar filiación divina de Jesús<sup>36</sup>. Junto a la efusión del Espíritu en ese *kairós* de su vida, Jesús escucha la voz que le dice: «Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me he complacido». La información que manifiestan esas palabras es neta: Dios no habla a un hombre extraordinario que cuenta con un auxilio divino para fortalecerlo en su misión, sino a su Hijo amado a quien el Espíritu asiste como compañero inseparable. No ha recibido el auxilio de un don, sino que el propio dador de esos dones divinos lo guía en su camino.

Además, esa confirmación de la peculiar figura mesiánica de Jesús se realiza empleando unas palabras en las que resuena el eco del primer canto del Siervo de Yhwh: «Este es mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien me he complacido» (Is 42, 1). De este modo se señalaba al inicio de la predicación cristiana sobre la vida de Jesús que él es ese Mesías, mediador de la salvación, que contaría desde el inicio con esa acción del Espíritu<sup>37</sup>.

A partir de ese momento, el Espíritu conduce a Jesús en el desempeño de su tarea mesiánica:

36. «La declaración celeste no significa que en este preciso momento se ha verificado la adopción o investidura mesiánica de Jesús, o que le haya sido conferida alguna dignidad particular. En la visión interpretativa la voz explica el objeto de la visión y manifiesta la identidad y el significado profundo del hombre Jesús: él tiene una relación muy particular con el Padre y el Espíritu de Dios está presente con él» (R. INGANTE, *Il battesimo di Gesù* en M. LACONI (y otros), *Vangeli Sinottici e Atti degli Apostoli* (Leumann-Torino, 1994) 209.

37. En el Evangelio de Mateo, se volverá a insistir más adelante en que Jesús es ese Siervo de Yhwh anunciado por Isaías. Cfr Mt 12, 17-21.

Mt 4, 1.12	Mc 1, 12.14	Lc 4, 1.14
<p><sup>1</sup>Entonces Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto (...)</p>	<p><sup>12</sup>Entonces el Espíritu lo impulsó hacia el desierto (...)</p>	<p><sup>1</sup>Jesús lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán, y fue conducido por el Espíritu al desierto (...)</p>
<p><sup>12</sup>Cuando oyó que Juan había sido encarcelado, se retiró a Galilea</p>	<p><sup>14</sup>Después de que Juan había sido encarcelado, Jesús llegó a Galilea predicando el Evangelio de Dios</p>	<p><sup>14</sup>Entonces, por impulso del Espíritu, volvió Jesús a Galilea.</p>

También en este caso se ha querido hacer constar explícitamente que lo primero que hizo Jesús después de recibir el bautismo de Juan fue encaminarse al desierto, impulsado por el Espíritu<sup>38</sup>. Este compañero de viaje que es el Espíritu lleva a Jesús al desierto cuando todavía resuenan en sus oídos las palabras del Cielo escuchadas al ser bautizado en el Jordán para que experimente el triunfo sobre la tentación del diablo que lo invita a poner en duda ese mensaje: «Si eres Hijo de Dios, ...» (Mt 4, 3. 6; Lc 4, 3. 9)<sup>39</sup>. Las palabras del tentador parecen una llamada a experimentar en provecho propio si realmente tiene ese poder divino. El relato de las tentaciones tiene «como punto central una afirmación positiva: Jesús acredita su filiación divina, que le fue atribuida en la narración del bautismo, con la docilidad a la palabra de Dios pronunciada en el Antiguo Testamento, y vence así a Satanás. El Hijo de Dios acredita, en tres tentaciones, su relación con Dios obedeciendo a la Escritura»<sup>40</sup>.

El interés de San Lucas por señalar explícitamente la acción del Espíritu Santo sobre Jesús se manifiesta también en otros pasajes de su Evangelio: «En aquel mismo momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños»

38. Así mismo se puede apreciar la labor redaccional de Lucas que hace notar la acción del Espíritu en el cambio de escenario a Galilea de la predicación de Jesús, que los otros dos evangelistas se limitan a reseñar.

39. También en la otra tentación, la oferta del dominio del mundo, se pone en cuestión la filiación divina de Jesús.

40. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo I* (Salamanca, 1993) 226-227.

(Lc 10, 21)<sup>41</sup>. Jesús se alegra por lo que supone ser Hijo del Padre, se goza porque le ha sido encomendado manifestar esa paternidad de Dios que tiene especial predilección hacia los humildes y sencillos. Y San Lucas afirma que toda esa alegría en un verdadero «gozo en el Espíritu Santo».

Comentando ese pasaje del Evangelio de San Lucas, Juan Pablo II hace notar que «la unión de Cristo con el Espíritu Santo, de la que tiene perfecta conciencia, se expresa en aquel 'gozo', que en cierto modo hace 'perceptible' su fuente arcana. Se da así una particular manifestación y exaltación que es propia del Hijo del Hombre, de Cristo-Mesías, cuya humanidad pertenece a la persona del Hijo de Dios, substancialmente uno con el Espíritu Santo en la divinidad. En la magnífica confesión de la paternidad de Dios, Jesús de Nazaret manifiesta también a sí mismo su 'yo' divino; efectivamente, él es el Hijo 'de la misma naturaleza'»<sup>42</sup>.

Nada más comenzar la narración del ministerio de Jesús en Galilea, San Lucas sitúa una escena clave para entender la misión de Jesús como Mesías y la acción del Espíritu Santo sobre él. Se desarrolla en la sinagoga de Nazaret: «Llegó a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el sábado y se levantó para leer. Entonces le entregaron el libro del profeta Isaías y, abriendo el libro, encontró el lugar en donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anunciar la redención a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, y para promulgar el año de gracia del Señor. Y enrollando el libro se lo devolvió al ministro y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4, 16-21).

De este modo lo que en el relato del bautismo en el Jordán se narra desde el punto de vista del narrador (el Espíritu Santo descendió «sobre él») es presentado ahora como plenamente asumido por Jesús, que aplica a sí mismo las palabras del profeta (el Espíritu del Señor está «sobre mí») <sup>43</sup>.

41. Compárese, para apreciar la originalidad de la mención de Lucas, con el pasaje paralelo de Mt 11, 25.

42. Enc. *Dominum et Vivificantem*, 21.

43. En realidad, si el texto se lee atentamente, no dice que Jesús las aplique a sí mismo, lo mismo que no dice explícitamente que «leyera» el texto, ni que afirme que los habitantes de Nazaret son los pobres, cautivos, ciegos u oprimidos de los que habla el profeta. Todo se da a entender sin afirmarlo expresamente. Acerca de los delicados recursos narrativos de este pasaje puede verse un sugerente comentario en J. N. ALETTI, *El arte de contar a Jesucristo. Estructura narrativa del Evangelio de Lucas* (Salamanca, 1992) 37-56.

El modo en que San Lucas habla de la acción del Espíritu Santo sobre Jesús sugiere un desvelamiento progresivo de la relación de intimidad existente entre Jesús y el Espíritu, un avance en el reconocimiento público de la misma.

Además, el escueto comentario de Jesús al texto profético gravita sobre una palabra: «hoy», porque su unción con el Espíritu Santo no es una interpretación abstracta de su misión, sino una realidad ontológica. Iniciada en un momento concreto, la encarnación, manifestada paulatinamente en los momentos oportunos y que tiene unas consecuencias prácticas en la historia humana: la proclamación del Evangelio, de la buena noticia de la salvación realizada por Dios en favor de los hombres. Así como el Espíritu que se cernía sobre las aguas fue la señal del inicio de la creación (cfr. Gn 1, 2), la proclamación de que «hoy» Dios ha ungió a Jesús con su Espíritu marca el inicio de una nueva época en la salvación. Jesús, con la fuerza del Espíritu, va a restaurar a la humanidad dañada y dolida como consecuencia del pecado.

En la misión mesiánica de Jesús, como se puede apreciar en esos textos evangélicos, se fue manifestando de modo progresivo la acción del Espíritu Santo que actuaba junto con él. Lo que al principio podría pasar casi inadvertido, atendiendo a la tradición veterotestamentaria, fue cobrando relieve. Lo que en los primeros momentos podría entenderse como la concesión de un don divino, fue dejando paso a la manifestación del donante. En la medida en que, gracias a la acción del Espíritu, avanzaba la manifestación de Jesús como Mesías, Jesús iba dando a conocer más plenamente a ese Espíritu como una persona distinta pero inseparable de él. Las palabras del discurso de la Última Cena en el Evangelio de San Juan son bien elocuentes del avance de perspectivas que se fue abriendo conforme progresaba hacia su culminación la vida y misión de Jesucristo.

En ese discurso, Jesús que había sido concebido por obra del Espíritu Santo, y había recibido una nueva efusión del mismo en el bautismo del Jordán, que llevaba, pues, al Espíritu con él, se presenta como aquel que tiene capacidad para donar ese Espíritu: «yo os digo la verdad: os conviene que me vaya, pues si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. En cambio, si yo me voy os lo enviaré. Y cuando venga El, argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado. Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir. El

me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esto dije que recibe de lo mío y os lo anunciará» (Jn 16, 7-15). Comentando este pasaje, Juan Pablo II hace notar con extraordinaria profundidad: «A la luz de lo que Jesús dice en el discurso del Cenáculo, el Espíritu Santo es revelado de una manera nueva y más plena. Es no sólo el don a la persona (a la persona del Mesías), sino que es una Persona-don. Jesús anuncia su venida como la de 'otro Paráclito', el cual, siendo el Espíritu de la verdad, guiará a los Apóstoles y a la Iglesia 'hacia la verdad completa'. Esto se realizará en virtud de la especial comunión entre el Espíritu santo y Cristo: 'Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros'. Esta comunión tiene su fuente primaria en el Padre: 'Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: que recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros'. Procediendo del Padre, el Espíritu Santo es enviado por el Padre. El Espíritu Santo ha sido enviado antes como don para el Hijo que se ha hecho hombre, para cumplir las profecías mesiánicas. Según el texto joánico, después de la 'partida' de Cristo-Hijo, el Espíritu Santo 'vendrá' directamente —en su nueva misión— a completar la obra del Hijo. Así llevará a término la nueva era de la historia de la salvación»<sup>44</sup>.

El Espíritu que estuvo siempre con Jesús llevaría su acción a la plenitud en la Resurrección. Cuando el cuerpo muerto de Jesús estaba en el sepulcro, Dios lo resucitó (cfr. He 2, 32) por medio de su Espíritu (cfr. Rom 8, 11). De este modo, la acción del Espíritu sobre Jesús induce un nuevo progreso cualitativo en la manifestación de Jesús como Mesías salvador. Desde ese momento, se ha cumplido en plenitud lo anunciado por Dios «acerca de su Hijo Jesucristo Señor Nuestro, nacido del linaje de David según la carne, manifestado Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos» (Rom 1, 3-4).

Ese «Hijo de Dios con poder» puede incluso dar el Espíritu. Por eso, cuando Jesús se aparece a los Apóstoles congregados en el Cenáculo al atardecer del día de su resurrección les dice: «Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 22), donación que será solemne y definitiva el día de Pentecostés (cfr. He 2, 1-4). Ese mismo día, Pedro lleno del Espíritu Santo saldrá a predicar y concluirá su discurso con palabras inequívocas acerca de lo sucedido: «Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús Nazareno, hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales, que Dios realizó entre vosotros por medio de él, como bien sabéis, a éste, que fue entregado según el designio establecido y la presciencia de Dios, lo matasteis claván-

44. Enc. *Dominum et vivificantem*, 22.

dole en la cruz por mano de los impíos. Pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte, ya que no era posible que ésta lo retuviera en su dominio. (...) A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, a la diestra de Dios, y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. (...) Por tanto, sepa con seguridad toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis» (He 2, 22-24. 32-33. 36)

En Pentecostés se alcanzó, pues, la plenitud de la revelación del Don de Dios. De una parte, la persona del Espíritu Santo, Don del Padre y del Hijo, descendió sobre los Apóstoles para vivificar a la Iglesia naciente. De otra, la recepción de ese mismo Espíritu Santo permitió entender la manifestación paulatina del designio salvador de Dios que se había realizado en la misión del Hijo, reconocer claramente a Jesús como el Mesías que ha llevado a cabo ese designio, y a la vez, como Señor, a quien corresponde la misma veneración que al Padre y al Espíritu. De este modo se puede decir que Jesús es el Don por excelencia de ese donador de los bienes divinos que es el Espíritu Santo.

Hay, pues, una íntima relación entre la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo. La misión del Hijo, la Redención, ha sido realizada por él, que se hizo hombre en Jesús de Nazaret. Él fue el Mesías, el Ungido, que vino y actuó con el poder del Espíritu Santo hasta culminar su misión en el misterio pascual. Esa misma redención, a su vez, es realizada constantemente en el corazón de los hombres en el decurso de la historia por el Espíritu Santo.

#### 4. Conclusiones

En los textos del Antiguo Testamento, a medida que el término Ungido, Mesías, pasa de designar al rey a ser el nombre del mediador de la salvación, cada vez se subraya con más claridad que el Espíritu lo acompañará en su tarea. A la vez, y de modo paralelo, se va aclarando que ese Espíritu que reposará sobre el Mesías no designa tanto un aliento carismático cuanto una realidad estable que trabaja juntamente con él en su misión salvífica.

Hace casi 2000 años, la revelación divina iniciada en el Antiguo Testamento llegó a su plenitud. El punto culminante se alcanzó en Jesús de Nazaret. Cuando la gente lo escuchó y pudo contemplar sus obras fue surgiendo un clamor popular que lo recibía como al Mesías esperado. Lo que

derivó de él no fue un movimiento mesiánico más, como tantos otros que surgieron. Él mismo se resistía a presentarse abiertamente como Mesías, aunque no tuvo inconveniente en dar a conocer con sencillez en los momentos oportunos cuál era su verdadera misión. Cuando sus discípulos fueron testigos de su resurrección y recibieron en Pentecostés el Espíritu Santo comenzaron a proclamar abiertamente que él era el Mesías y el Señor, y a llamarlo *Jesucristo* (esto es, «Jesús, el Mesías») en su predicación. El uso técnico de este nombre en el conjunto del Nuevo Testamento atestigua que esa denominación, muy frecuente en la Iglesia primitiva, tuvo muy probablemente su origen en Pentecostés. Y los propios Apóstoles atribuyen en sus escritos al Espíritu Santo la capacidad que recibieron para afirmar que Jesús es el Cristo.

Cuando reflexionaron sobre sus recuerdos con la luz recibida del Espíritu y compusieron los Evangelios para dar a conocer a Jesús y proclamar su misión salvífica, dejaron en ellos huellas suficientes como para mostrar que la tarea mesiánica de Jesús fue desempeñada en íntima relación con el Espíritu que siempre lo asistía como compañero inseparable. Una lectura detenida de esos textos permite concluir que Jesús es Don del Espíritu, ya que él lo engendró en las entrañas virginales de María y lo fue manifestando como Mesías y Señor a lo largo de su vida hasta su culminación en el misterio pascual cuando, después de la pasión y muerte, lo resucitó de entre los muertos. E incluso, cuando descendió sobre los Apóstoles en Pentecostés les otorgó, a su vez, la capacidad de entender lo que habían visto y oído, y reconocer a Jesús como Mesías y Señor, culminando así su donación. Por su parte, y después de su resurrección, el propio Jesucristo envió al Espíritu Santo desde el seno del Padre, por lo que también se puede afirmar que el Espíritu Santo es un Don de Jesucristo. Las misiones del Hijo y del Espíritu están, pues, íntimamente relacionadas; y la donación de cada uno por parte del otro alcanzó su plenitud en Pentecostés.

Actualmente la Iglesia se prepara para conmemorar el gran Jubileo del año 2000. «El gran Jubileo, que concluirá el segundo milenio al que la Iglesia ya se prepara, tiene directamente una dimensión cristológica. En efecto, se trata de celebrar el nacimiento de Jesucristo. Al mismo tiempo, tiene una dimensión pneumatológica ya que el misterio de la Encarnación se realizó por obra del Espíritu Santo. Lo realizó aquel Espíritu que —consustancial al Padre y al Hijo— es, en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la persona-amor, el don increado, fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia. El misterio de la Encarnación de Dios constituye el culmen

de esta dádiva y de esta autocomunicación divina. (...) Todo esto se realiza por obra del Espíritu Santo y, por consiguiente, pertenece al contenido del gran Jubileo futuro. La Iglesia no puede prepararse a ello de otro modo, sino es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia. Por obra suya puede hacerse presente en la nueva fase de la historia del hombre sobre la tierra: el año dos mil del nacimiento de Cristo»<sup>45</sup>.

Francisco Varo  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA

---

45. Enc. *Dominum et vivificantem*, 51.